

EL PALMAR DE TROYA, TODAVIA

LO advierto para las que vienen por primera vez, aquí no se puede estar sin velo. Por hoy haremos la vista gorda.

Alrededor de medio centenar de personas se apiñan a los pies de un altar. Termina una misa celebrada dentro del más estricto rito latino de San Pío V. El sol pega fuerte. Corre una brisa que apaga las velas que una joven trata de encender.

—Déjelas, déjelas, no ve que estamos en misa.

De vez en cuando por el sendero suben personas que hablan en alta voz. Los de la misa se vuelven y reclaman silencio airadamente.

Es el muy hispánico día 12 de octubre, de similar nombre. Lugar, el Palmar de Troya, del que podíamos decir, como de los célebres entrevistados, no necesita presentación. El mismo sacerdote, larga sotana y acento indefinido, pero no del Sur, que advertía la obligatoriedad del velo, mientras una señora se tocaba, entre asustadiza y avergonzada, su cabeza con servilleta de papel, matiza:

—Claro que lo del velo se tiene que respetar en todas las iglesias, pero como..., así andamos.

El Palmar, todavía. El Palmar, a seis años y seis meses de aquella jornada del 30 de marzo de 1968. Es un día de convocatoria más tridentina que posconciliar. Al borde de la N-333, dos autocares de Valencia, uno de Bilbao, particulares de CO, VA, GR, SE, CA, GE... No mucha expectación en la convocatoria jornada del Pacto Mariano, según mensaje a Clemente Domínguez recibido el 14 de agosto pasado.

—El que quiera confesarse puede hacerlo ahí detrás, en el coche.

Es un 850 blanco (SE-8.269-E). Sirve de confesionario y también de sacristía.

—Don Felipe, estamos haciendo una serie de diapositivas; están a su disposición para que cuando vuelva muestre lo que es esto...

Don Felipe es un sacerdote sesentón de amplia sotana, de los que, intuyo, pasaron en Cuenca el último fin de semana de septiembre. Va recibiendo saludos, presentaciones, consultas de su improvisada feligresía. Alguien le pregunta cómo empezó aquello.

Seis años y seis meses

No sé cómo lo cuenta don Felipe ni de dónde parte su historia. La del Palmar de Troya —aldea sevillana en el término de la Utrera de los mostachones— comenzó un sábado 30 de marzo de 1968. Cuatro niñas, hacia el mediodía, paseaban por una finca cercana de nombre «La Alcaparrosa», propiedad de señorito andaluz con apellido de ga-

nadero, para recoger flores. No se adentran mucho, cuando Ana, once años, descubre un bulto en un lentisco. Sus compañeras también creen verlo. Vuelven al poblado y...

—Hemos visto a la Virgen.

Ana García González, Josefa Guzmán Hidalgo, Ana Aguilera Sabrido y Rafaela Gordon Cabrera, niñas en aquel 1968, son ya mocitas. Cada una tomó un camino, y ahora no «suenan» como videntes.

La escalada de curiosos, devotos y videntes fue en aumento. A los dos años, en el mariano mes de mayo de 1970, el cardenal arzobispo de Sevilla, Bueno Monreal, quiso poner coto al asunto:

«Queremos manifestar que, estudiados todos los elementos que han llegado a nuestro conocimiento sobre estos fenómenos, no solamente no aparece en ellos nada que presente caracteres probables de intervención sobrenatural, sino que, por el contrario existen muy serios para estimar que se está produciendo una verdadera historia colectiva de tipo supersticioso, muy ajena a la verdadera devoción y religiosidad, que puede confundir a muchísimas personas y causar estragos en la fe».

La comunicación arzobispal fue, por lo que se ha visto después, solo un intento de frenar lo que rodaba con facilidad del cuesta abajo. Bueno Monreal seguía escribiendo:

«En consecuencia prohibimos la celebración de todo rito público religioso en el mencionado lugar; pedimos a los sacerdotes, religiosos y religiosas, tanto de la diócesis como de fuera de la misma, que no hagan acto de presencia en ninguna de aquellas manifestaciones mientras no fueren expresamente autorizadas...».

Prohibición y peticiones arzobis-

pales fueron, son, desatendidas. El eco del Palmar (así se titula un boletín a ciclostil que se lanza en Barcelona) fue ampliándose.

Una industria devota

El medio de comunicación de los por ellos mismos llamados protectores del Palmar es su boletín, y con él comienza toda una industria devota. «Ecos del Palmar» sirva para mantener la pretendida llama de las apariciones, es el vehículo de algunos mensajes —no de todos, como luego explicaremos— y a la vez inserta la publicidad de su propia industria: libros para cenáculos, tallas de la imagen de 50 centímetros, al precio de 1.650 pesetas, organización de peregrinaciones...

No falta en el boletín su página poética:

«Porque no quiero herir tu sentimiento,
le canto a la revista, que no a ti,
delicada y fragante, un alhelí,
teológica y profunda, un buen fermento».

Es este un fragmento de la poesía galardonada con el premio Inmaculada, que su autor dedica a los videntes.

Tampoco se echa de menos en el boletín secciones como consultorio o cartas abiertas, donde los «devotos» se atreven a dirigirse al cardenal arzobispo de Sevilla en estos términos:

«Eminentísimo señor: lo creamos o no (y el demonio buen empeño se está tomando en que lo desechemos y no pensemos en ello), estamos viviendo horas decisivas para la suerte de la humanidad, según los últimos Mensajes recibidos, que si se molesta en confrontarlos con los de todas las apariciones que hubo en los últimos si-

glos y hay en el mundo entero, coinciden totalmente en que estamos viviendo los últimos tiempos, como los «signos» nos lo están probando, aunque queramos hacernos los sordos y los ciegos. Ciertamente, no estorbó la ceguera judía para el fiel cumplimiento de cuanto tenían anunciado los profetas.

Eminentísimo señor: permítame una íntima franqueza, que nace de un profundo convencimiento: NO LE ENVIDIO SU SUERTE SI PERSISTE EN ESA SUICIDA PASIVIDAD Y NEGATIVA ACCITUD.

DIOS LE ESTA ESPERANDO, pero también su infinita misericordia y paciencia tienen sus límites. No quiera tentar más a Dios.

Reverendamente besa su sagrada púrpura

E. M. M.»

Divorcio entre los videntes

Los llamados videntes casi alcanzan ya el centenar. Los hay importantes y menos. Con cultura y sin ella. Populares y olvidados. Nos consta que el cardenal hispalense ha mantenido y mantiene contactos informativos con algunos de ellos. Frente a la publicación de los mensajes, a la que hemos aludido, hay otros llamados videntes que guardan con el más absoluto secreto los suyos y que dicen sólo conocen las autoridades eclesásticas a las que se someten.

Existe, pues, un evidente divorcio. «Mire, yo no sé lo que ven los demás, pero le digo que yo...». Y aquí viene la historia de una aparición, de un mensaje o, incluso, de una estigmatización.

La historia dura ya seis años y más de seis meses. De vez en cuando cambian los protagonistas, aunque algunos se mantienen. Mientras, la jerarquía eclesástica «prohíbe pero permite» que en el Palmar de Troya se levante un altar, con enseña hispana y pendón incluido, que se oficie la misa y que se interprete la doctrina a la luz de los videntes.

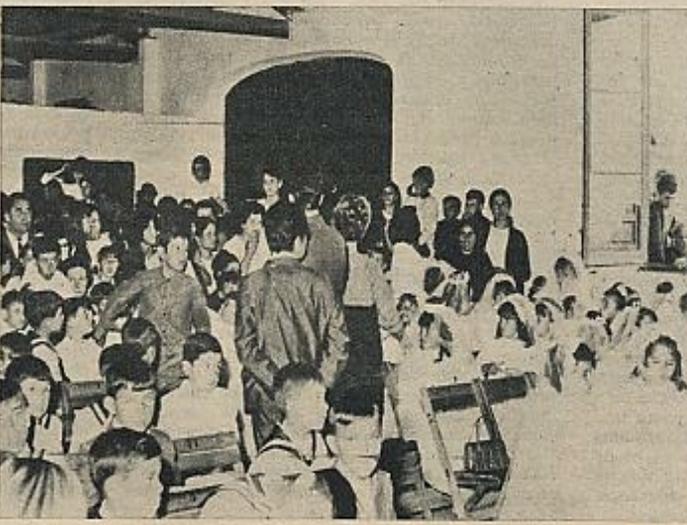
Cuando abandonó el Palmar, una señora increpa a otra:

—Así no se puede venir aquí, sin mangas, este es un sitio de decencia.

Cerca, otro grupo atiende al parlante de turno:

—Ahí está lo del Perú, lo de Chile, las inundaciones del Sudeste..., son castigos anunciados.

... Sigue soleada la mañana de la hispanidad. Es un día importante, a cuarenta kilómetros va a despedirse Diego Puerta del toro, a muchos más nuestra selección de fútbol competirá con la hermana de Argentina. Más cerca, al otro lado de la carretera, en la acera de enfrente, al lentisco de las apariciones, hombres y mujeres, eventuales obreros del agro, cogen algo. ■ RICARDO RIOS.



Primera comunión de un grupo de niños en el Palmar de Troya hace unos años.